

DOS

«Salvo el gallo de la pradera, a veces sorprendido en su escondite entre la hierba, y los pichones, que, en la estación migratoria, volando muy alto en densas bandadas, eclipsaban la luz del día como una nube de tormenta, salvo éstos, al no haber extensos bosques con sus sotobosques, las aves eran extrañamente escasas.

»Una inexpresiva quietud reinaba durante horas en la pradera. “Es el lecho de un mar seco”, se decía el solitario marino —que no era geólogo— meditando en el crepúsculo sobre las ondulaciones fijas de aquella inmensa extensión aluvial cuyo límite sólo era el horizonte, y echaba de menos el movimiento que a ojos y oídos alertas anima a todas horas las aparentes soledades de las profundidades.

»Pero una escena bastante en desacuerdo con los antecedentes de uno puede acabar evocándolos. Rodeado por una orilla plana, a John Marr la pradera le recordaba el océano.

»Con algunos de sus antiguos compañeros de tripulación, compinches en varias navegaciones, había mantenido alguna correspondencia a ratos perdidos antes de este último y más remoto retiro. Pero ahora, al igual que los demás colonos, estaba aislado de

cualquier tipo de noticias, excepto las que pudiera traer, cruzando las ondulaciones de hierba, la última «goleta» de la pradera: el término vernáculo con que denominaban, en aquellos pagos y aquellos tiempos, a la carreta de los emigrantes que cruzaba, con sus altas velas arqueadas, la vasta campiña. Aún no había estafeta de correos alguna; ni siquiera pequeños y toscos buzones con tapa y bisagras de cuero situados a intervalos convenientes, clavados en una sólida estaca junto a un solitario y verde sendero y que proporcionaban una percha a los pájaros; buzones que, más adelante, con el inexorable avance de la frontera, quizá se convirtieran en monumentos cubiertos de musgo que atestiguarían los sucesivos avances de la vida civilizada; una vida que en América apenas puede decirse hoy que tenga por el oeste otro límite que no sea el mismo océano que baña Asia. En esas llanuras, ahora sobrepobladas de ciudades opulentas, majestuosas llanuras cercadas por todas partes y en todas direcciones por florecientes granjas —tanto los pálidos ciudadanos como los sanos granjeros son, en parte, los descendientes de los primeros colonos de rostro cetrino en una región que medio siglo atrás apenas producía lo justo para el sustento del hombre y que hoy en día envía por el mundo los excedentes de su cosecha de trigo—; en esas praderas, decía, que hoy atraviesan en todas direcciones cables y raíles, apenas podía decirse, en el periodo del que estoy escribiendo, que hubiera un camino practicable. Los lejanos y espaciados bosques de robles, de extensión y formas diversas, ofrecían al viajero que venía de lejos ciertos puntos de referencia; pero, en general, éste se orientaba por el sol. A principios de verano, incluso para ir de

un campamento de troncos al siguiente, el viaje podía durar horas o gran parte del día; el viaje se parecía a una navegación. En ciertas fértiles hondonadas, entre las largas, verdes y graduales ondulaciones, tan suaves como las del océano en calma que recibe y somete a su propia quietud la voluminosa marejada levantada por algún remoto huracán de días previos, uno podía percibir la primera señal de la llegada de forasteros, aunque fuera en la distancia, como cuando se divisan lejanas velas en el mar, gracias al brillo de la lona blanca de la carreta que vadeaba la plana vegetación y permanecía oculta por ella; o, ya más cerca, al vislumbrar las orejas del tiro, que asomaban, si no sobre las altas lilas, sobre la hierba aún más alta.

»Exuberante, aquel yermo; pero, para sus moradores, dejar atrás a un amigo en cualquier lugar del mundo parecía no sólo perderlo de vista, sino una ausencia de por vida.

»Aunque no todos los compañeros de tripulación de John Marr pudieran haber fallecido, pensar en ellos era como pensar en fantasmas de los muertos. A medida que la creciente conciencia de su entorno lo fue conduciendo más y más a reflexiones retrospectivas, esos fantasmas, junto con los de su esposa e hijo, se convirtieron en compañeros espirituales y perdieron parte de su vaguedad primera para adoptar finalmente la borrosa apariencia de una vida silenciosa, iluminados por esa aureola que rodea a todo objeto de los afectos del pasado en su reunión con lo que anhela apasionadamente un corazón imaginativo».

Melville.

Las oscuras vigas de roble que conforman el gablete principal de la casa se inclinan a baja altura, por lo que sólo queda

un pasillo estrecho, que va de este a oeste, para estar de pie, y a éste lo flanquean por cada lado zonas en sombra de techo bajo llenas de maletas, muebles viejos, revistas y cosas por el estilo, cosas que madre —aunque sobrevive en el asilo de ancianos del centro y sabe que nunca saldrá de allí— no nos permite usar. Contra la chimenea de roca hay un escritorio improvisado —una vieja puerta colocada en plano sobre unas cajas—, y a todo lo largo de esta parte, los libros: libros que he comprado, encontrado, mendigado a lo largo de mi vida, desde la mañana en que Carl y yo estábamos jugando en una casa encantada e irrumpimos en lo que parecía una cámara secreta y descubrimos una licorera de jerez medicinal, los restos de un corsé de ballena y un viejo ejemplar de *Taipei*. Rescatamos la varilla de ballena del corsé podrido, nos bebimos el jerez y pasamos el resto del día devorando lo que las polillas habían dejado de *Taipei*.

Al llegar al escritorio, me siento ante él durante un momento, ecuánime, con mi percepción intacta, buscando un equilibrio.

(Melville, en *La chaqueta blanca*, llamado a contemplar un castigo físico: «... busqué mi equilibrio en mi mejor centro»).

Están los títulos, el tacto de una encuadernación antigua: *Mardi*, por ejemplo, una primera edición en dos volúmenes, cubierta marrón oscura, granate y negra, lomo acanalado, y dentro, las guardas jaspeadas y el prefacio:

«No hace mucho, habiendo publicado dos obras narrativas de viajes por el Pacífico, las cuales, en ciertos lugares, fueron recibidas con incredulidad, se me ocurrió la idea de escribir una novela de aventuras polinesias y publicarla tal cual, para ver si la ficción era recibida como verdad: en cierto grado, el reverso de mi experiencia previa».

Luego, la *Anatomía de Gray*, Goss, vigésima quinta edición; y un vergonzoso ejemplar de *El maestro de Indiana*, de Edward Eggleston. Un breve libro inglés moderno, *Cosmología*, por H. Bondi; *En busca de la Atlántida*, de Edwin Bjorkman; y un ejemplar de *Historia natural*, marzo, 1952, incluyendo un artículo, «Cabezas reducidas». Un *Manual de embriología*, de Jordon y Krinded; también *Revista de Morfología*, volumen XIX, 1908, que contiene «Un estudio de las causas subyacentes al origen de los monstruos humanos».

Al alzar la vista a los travesaños de ocho pulgadas que proyectan sombras regulares entre sí y a través de las tablas del techo a toda la longitud del desván, me acuerdo

del castillo de proa del Julia en *Omo*, fijado «justo en la proa, o, como dicen los marinos, en los mismos ojos del barco...».

«Por todas partes, el barco estaba en las condiciones más ruinosas; pero en el castillo de proa parecía como el hueco de un árbol viejo a punto de desmoronarse. En cualquier dirección la madera estaba húmeda y descolorida, y aquí y allá blanda y porosa. Además, había recibido cortes y hachazos sin piedad y el cocinero sacaba frecuentemente astillas de las bitas y los baos para usar como leña».

Y estaba «aquel sombrío agujero en el que nos hacíamos como conejos» en *Redburn...*, al igual que

el artillero en *La chaqueta blanca*: «... entre todas las personas y cosas a bordo que me desconcertaban y me provocaban las más extrañas emociones de duda, recelos y misterio, estaba el artillero: un hombre bajo, cuadrado, ceñudo, con el pelo y la barba entrecana y chamuscada como de pólvora. Su piel era de un

moreno moteado, como el cañón manchado de una escopeta de caza, y sus ojos cargados de ojeras ardían en su rostro como luceros azules. Él era quien tenía acceso a muchas de las misteriosas criptas de las que he hablado. A menudo le veía internándose a tientas en ellas...».

y

«... era, además de eso, un viejo hombrecillo enojado, irascible, de mal carácter. El resto de los miembros de la cuadrilla artillera también eran así, incluyendo a los dos oficiales artilleros y a todos los ayudantes. Todos y cada uno tenían la misma tez oscura y sus rostros parecían jamones ahumados. Se pasaban el día venga a gruñir y refunfuñar junto a las baterías, yendo y viniendo entre los cañones y ahuyentando a los marineros. Juraban y maldecían como si sus conciencias se hubieran quemado con la pólvora y encallecido. Lo cierto es que eran un grupo de hombres de lo más desagradable, especialmente Priming, el artillero de voz nasal y labio leporino, y Cylinder, su ayudante tartamudo con el pie zambo».

Se levanta un viento que gime débil pero intensamente contra el lado norte, y la vieja casa cruje.

«El abeto se estremece en la viga, el roble en la quilla».

y, en una carta, él (Melville)

«Siento una especie de sensación de mar aquí en el campo, ahora que todo está cubierto de nieve. Por la mañana al levantarme miro por mi ventana como si lo hiciera por el ojo de buey de un barco en el Atlántico. Mi cuarto parece un camarote & por las noches, cuando me despierto & oigo al viento chillar, casi me

imagino que la casa ha soltado demasiado trapo & que será mejor subir al tejado y recoger aparejo de la chimenea».

y de nuevo, en otra estación,

«En verano, también, al estilo de Canuto: sentado aquí, uno se acuerda a menudo del mar. Pues no sólo las extensas marejadas agitan las inclinadas gavillas y pequeñas ondículas de hierba se ondulan por encima del patio bajo como si fuera su playa, y al soplar los dientes de león parecen flotar como espuma, y el púrpura de las montañas es igual que el púrpura de las nubes, y un mediodía tranquilo de agosto incuba las profundas praderas, como la calma sobre el horizonte; sino que la vastedad y soledad son tan oceánicas, igual que el silencio y la monotonía, que el primer vistazo a una casa extraña que se alza tras los árboles es exactamente como avistar en la costa berberisca una vela desconocida».

Contemplo de nuevo las vigas, pienso en mi bisabuelo, que construyó esta casa con sus propias manos: Hammond Mills, un yanqui, nacido en Nueva York, que fue río arriba hasta Albany y luego al oeste, a Ohio e Indiana, un hombre serio, trabajador, cuyos dichos favoritos, su filosofía quizá, pasaron cuidadosamente de generación en generación, junto con los viejos muebles:

«La mente es al cuerpo como el hombre entero es a la Tierra».

(y está Melville, en *Mardi*: «Hemos conocido el vasto desarrollo en partes de los hombres, pero no de lo varonil entero»).

Hammond Mills construyó esta casa, adquirió la tierra y la cultivó. Su primer hijo, por ley de primogenitura, la heredó y siguió cultivando, traspasándosela en su momento a su primer hijo: mi padre; y

padre se casó con una Stonecipher, blancos pobres del sur. Su gente vino de Inglaterra como sirvientes vinculados, desembarcaron en alguna parte de la costa, pongamos Charleston, trabajaron allí un tiempo y luego fueron trabajando más hacia el interior, manteniendo las montañas al oeste hasta que Boone hubo mostrado el camino; luego atravesaron el desfiladero hacia el Ohio, hasta llegar a Indiana, donde se establecieron en los condados de Brown y Crawford, abrieron granjas en las colinas y se quedaron cuando muchos de los demás continuaron hacia el oeste, hasta el condado de Pike, Missouri, y desde allí a California, como gitanos...

Greasy Creek, Gnaw Bone y Shake Rag Hollow —las colinas, crestas, lomas y picos al norte del río— fue donde los Stonecipher se plantaron —para cultivar, cazar, pelearse, destilar licor—, y después, en la era de las barcazas, descendieron el Ohio y el Wabash, «medio aligátores y medio caballos, en la pesca ilegal»..., pero siempre volviendo a la granja, la raíz.

El folclore también vino con los Stonecipher:

Cortar los rieles de la cerca a la luz de la luna, sacrificar antes del plenilunio si la carne es para freír. El jabón hay que hacerlo a la luz de la luna y que lo mezcle una sola persona. La luna menguante es buena para tejar porque deja las tejas planas.

y

Una muchacha no debería casarse jamás hasta que pueda sacar la ropa del agua hirviendo con los dedos, y si se sienta sobre una mesa nunca se casará. Si una persona mata a un sapo, su vaca dará leche sangrienta.

Y también había otro folclore. Madre, sumamente trabaja-

dora, orgullosa del poquito de limpieza y responsabilidad que podía enseñarnos, rápida en el azote cuando Carl o yo hablábamos mal, aunque ella usaba la misma palabra para todas las ocasiones, una palabra tan vieja como las palabras, una antigua asociación anglosajona de seis letras: *mierda*. Yo la he visto con su único traje bueno sirviendo el té al predicador y a su esposa, y la palabra surgía, colgaba allí en medio de la estancia, sin adornos ni explicaciones; y madre seguía sirviendo el té.

Tras la muerte de padre, Carl dejó la escuela y, durante un tiempo, trabajó como leñador en la Pacific Northwest; madre estaba casi frenética, él se marchó para meses y meses y no escribió ni una vez. Finalmente, envió una postal sin fecha y sin firma, pero con su letra:

*Bebo ginebra después de cortar un roble;
bourbon después de un pino.*

Eso fue todo durante más de un año. Un día vino a casa «a recoger más ropa de invierno», como dijo. Se había unido a una expedición arqueológica tras convencer a varios universitarios de que era un erudito en cultura tradicional india: en unos días —tras endilgarnos a madre y a mí toda una conferencia sobre los orígenes de la civilización americana—, se marchó a Alaska con los aleutianos,

a excavar yacimientos de huesos en las islas Rata.

Nuevamente, no envió una carta durante meses. Luego empezaron a llegar, no tarjetas ni cartas, sino objetos extraños, dibujos, fragmentos de piedras y huesos. Un trozo de esteatita, aparentemente tallada por el propio Carl, en forma de ballena asesina; una sección de una calavera humana, un occipital enorme, más grande que el del mismo Carl; una talla de una mujer india sentada, con una abertura simétrica

en el abdomen en la que aparecía un rostro con un par de enormes ojos feroces.

De nuevo regresó tras varios meses con más objetos extraños e historias en las que, como dijo Melville, «los hechos y la fantasía se encuentran a medio camino, se compenetran y forman un todo sin fisuras».

Estaba la cabeza reducida, procedente de las fuentes del Amazonas, que admitió habérsela ganado a un amigo arqueólogo jugando al póker;

su historia de un día de trabajo transportando restos humanos desde la cueva en la que los descubrieron hasta el barco, a través de un terreno rocoso y traicionero, en plena tormenta, echándole una carrera a la marea; la descripción, con gestos, de cómo recogió una bolsa de huesos, la sensación de tenerla entre los brazos, de tener que apresurarse, con mucha delicadeza, pisando las rocas húmedas, mientras acunaba los vacíos tesoros sin forma; y

la oscura historia de canibalismo, que Carl contó estando borracho, parte de la cual parecía haber tenido lugar hacía mil años e involucrar a indios y otra parte haber sucedido hacía poco e involucrar a Carl; algo que tenía que ver con comer a un ser humano, primero los genitales y las extremidades, luego los órganos internos, la carne del tronco, el cuello, y finalmente la cabeza, ¡pero los ojos! (y aquí a Carl los ojos se le salían de las órbitas)..., ¡no podía comerse los ojos!; o bien se los comió y luego no podía olvidarlo, le atormentaban, se le metían en el cerebro, aferrándose a los lóbulos como lapas al casco de un barco..., y la sensación de llevar en la mano sólo la calavera, sin ojos...

Olson:

Herman Melville nació en Nueva York el 1 de agosto de

1819, y el 12 de ese mes el Essex, un ballenero de 238 toneladas perfectamente equipado, zarpó de Nantucket con George Pollard Jr. como capitán, Owen Chase y Mathew Joy como oficiales y una tripulación de veinte hombres de los que seis eran negros, en dirección al océano Pacífico, con provisiones para dos años y medio de navegación.

Un año y tres meses después, el 20 de noviembre de 1820, justo al sur del ecuador, 119 de longitud oeste, el navío, en un día soleado de calma, fue golpeado dos veces por un cachalote de unos 85 pies de planta y se hundió por la proa.

Sus veinte tripulantes abordaron los tres botes y pusieron rumbo a la costa de Sudamérica, a 2000 millas de distancia. Tenían pan (200 libras por bote), agua (65 galones) y algunas tortugas. Aunque en aquel momento se encontraban no muy lejos de Tahití, ignoraban la disposición de los nativos y temían que éstos fueran caníbales.

y

Los tres botes, con los diecisiete hombres distribuidos entre ellos, vagaron juntos bajo el sol a través del océano hasta el 12 de enero, cuando, durante la noche, el que mandaba Owen Chase, primer oficial, se separó de los otros dos.

Ya había muerto uno de los diecisiete, Matthew Joy, segundo oficial. Había sido enterrado el 10 de enero. Cuando Charles Shorter, negro, del mismo bote que Joy, murió el 23 de enero, su cuerpo fue compartido entre los hombres de ese bote y los del bote del capitán y devorado. Dos días después, Lawson Thomas, negro, murió y fue devorado. Los cuerpos eran asados hasta que se secaban en fuegos encendidos sobre la arena de lastre en el fondo de los botes.

Así que Herman Melville nació...

«... gozoso acontecimiento que tuvo lugar a las 11 y media de anoche; nuestra querida Maria mostró su

acostumbrada fortaleza a la hora crítica & está tan bien como las circunstancias & el intenso calor lo permiten, mientras que el pequeño forastero tiene buenos pulmones, duerme bien & se alimenta sin problemas; es ciertamente un mamoncete...».

Pero hay más relacionado con esto, con el nacimiento de Herman: ¿qué había en las *piernas* que tanto le obsesionó posteriormente? A los 21 años, con su padre muerto, la familia sin fondos, Herman, al que debían un año de salario como profesor, y sin empleo, se embarcó en un ballenero por el Pacífico, y así se alejó del hogar; pero al llegar a las Marquesas volvió a marcharse, al desertar del barco en la isla de Nuku Hiva, con lo que escapó doblemente, cambió radicalmente su mundo dos veces; y, a la entrada del valle, en *Taipei*,

«Empecé a sentir síntomas que enseguida atribuí a la exposición de la noche anterior. Temblores de frío y una fiebre ardiente se sucedían a intervalos mientras una de mis piernas se me había hinchado hasta tal extremo y me dolía tanto que casi sospeché que me había picado algún reptil venenoso...».

Y, más adelante, la pierna se le hincharía y le dolería cada vez que pensaba en escapar de las islas o trataba de hacerlo, aliviándose cuando se conformaba con su vida allí: la pierna le decía —o se lo decía él a sí mismo— *No puedo irme*.

De nuevo, en *Omoa*, condenado a la picota en los Calabooza Beretanee (Prisión Británica):

«Cómo se las arreglaban los demás es algo que no sé; pero, por mi parte, encontraba muy difícil conciliar el sueño. La conciencia de tener el pie sujeto y la imposibilidad de ponerlo en otro lugar que donde estaba resultaba angustiada.

»Pero eso no era todo: no había otra forma de tumbarse que directamente de espaldas, a menos que uno pudiera girar y girar su miembro por el tobillo como un pivote. Tras quedarse uno amodorrado, no era extraño que esa incómoda postura acabase produciéndole una pesadilla. Creyendo que estaba practicando algún tipo de ejercicio gimnástico, le di tal tirón a mi infortunado miembro que me desperté sobresaltado pensando que alguien estaba arrastrando el cepo».

O, en *La chaqueta blanca*, la amputación llevada a cabo por el doctor Cuticle:

«... y entonces pareció que el vigía se partía en dos por la cadera, mientras la pierna se deslizaba lentamente entre los brazos del pálido y cadavérico hombre del obenque, que se la llevó enseguida para ocultarla bajo uno de los cañones».

(Nota: ¡cómo odiaba Melville a los médicos!)

Y en *Moby-Dick* está el capitán Peleg (Pata de Palo), que se dirige al joven Ishmael:

«¿Ves esa pierna? Quitaré esa pierna de la popa...».

Y Ahab:

«El aspecto sombrío de Ahab me afectó tan poderosamente, junto con la lívida marca que lo atravesaba, que en los primeros momentos apenas percibí que buena parte de esa impresión se debía a la bárbara pierna blanca sobre la que se apoyaba. Había oído previamente que aquella pierna de marfil se había formado en el mar al pulirse el hueso de la mandíbula de un cachalote. “Sí, perdió arboladura saliendo de Japón —dijo una vez el viejo indio de Gay-Head—, pero como su barco desarbolado, puso otro mástil sin

volver a puerto por él. Tener carcaj de ellos”»

y

«Con sus tres botes a su alrededor y remos y hombres girando en los remolinos, un capitán, aferrando el cuchillo de la estacha de su proa rota, se había lanzado contra la ballena como un duelista de Arkansas contra su rival, tratando ciegamente de alcanzar con su hoja de seis pulgadas la vida de la ballena, a una braza de profundidad. El capitán era Ahab. Y fue entonces cuando, pasando por debajo de él su mandíbula inferior en forma de hoz, Moby-Dick había segado la pierna de Ahab, como un segador corta en el campo una brazada de hierba».

1 de agosto de 1819, Nueva York, una noche oscura y calurosa: Maria Melville, la madre de Herman, ha ido al suplicio por tercera vez, y Herman, aún sin nacer, luchando en los Dardanelos, los estrechos de una mujer blanca, y quizá, como las crías de ballenas, «dándose un banquete espiritual con alguna reminiscencia sobrenatural»: Herman muere, en la medida en que toda vida, toda vitalidad, se retira hacia el tronco desde una pierna, y entonces el Mamoncete ha nacido.

«... los recuerdos hondos no producen epitafios». Y aun así, en alguna parte queda la idea: uno debe morir para nacer.

En *Pierre*:

«... aquí puede sugerirse de forma casual... ¿puede que haya algunas cosas que los hombres piensan que no saben, y por tanto son incapaces de comprenderlas cabalmente, por más que están en su interior pero en forma de secreto? La idea de la muerte podría ser un buen ejemplo».

En *Israel Potter*:

«No era la punzada del hambre, sino una pesadilla que tenía origen en su misteriosa encarcelación, lo que le llenaba de terror. A través de las largas horas de esa noche particular, la sensación de haber sido emparedado en el muro creció y creció en su interior...estiró ambos brazos hacia un lado y se sintió como si estuviera encerrado en un ataúd, al no poder extenderlos completamente hacia los lados opuestos, debido a la estrechez de la celda... En la oscuridad, empezó a delirar silenciosamente».

En *La chaqueta blanca*:

«Justo entonces, el barco dio otro brusco tirón y salí lanzado de cabeza desde la verga. Sabía dónde estaba gracias a las ráfagas de aire en mis oídos, pero todo lo demás era una pesadilla...

»Al emerger del agua, una explosión estruendosa resonó en mis oídos; parecía que se me iba a salir el alma por la boca. La sensación de la muerte me inundó junto con los torbellinos...

»Durante un instante me invadió una agónica repulsa al darme cuenta de que me hundía por completo. Al minuto siguiente, la fuerza de mi caída se detuvo y me quedé allí colgado, estremeciéndome a media profundidad. ¡Qué sonidos horribles resonaban en mis oídos! Uno era un suave gemido, como de olas bajas en la playa; el otro, furiosa y cruelmente jubiloso, como el del mar en el punto más alto de una tempestad... La disyuntiva entre la vida y la muerte pasó muy pronto, y entonces descubrí que ascendía lentamente y pude atisbar un borroso destello de luz».

Quizá en aquella calurosa noche de agosto de 1819, el Her-

man aún no nacido se quedó remoloneando, como Queequeg en su ataúd,

(un ensayo de la muerte que era toda la cura que el salvaje necesitaba...

el mismo ataúd, la caja de muerte —desprendida del ballenero hundido— en la que Ishmael sobrevivió finalmente...).

Y tenemos esto: el enorme y blanco monstruo jorobado que desarbola a Ahab:

«Júzguese, entonces, a qué extremos de enconada y perturbadora furia eran impelidas las mentes de sus más desesperados perseguidores cuando, entre las astillas de los botes mordidos y viendo hundirse los miembros arrancados de sus camaradas heridos, salían nadando de entre las blancas babas de la terrible ira de la ballena hasta alcanzar la serena, exasperante luz del sol, que sonreía como ante un nacimiento...».

De nuevo hay una brecha, una escisión de conciencia, como antes, cenando en la mesa, y durante un rato me quedo en silencio, consciente de mi quietud, consciente de lo que me rodea, del desván del siglo XIX cuyas líneas oscuras e inclinadas parecen una extensión de los huesos frontal y parietal de la propia calavera: consciente de que mi atención se dedica a vagar, o quizá se queda fija pero resulta inaccesible, y consciente de que debe permitirse que esa condición se desarrolle...

Al haber escisión, soy capaz de observarme a mí mismo, de estar a la vez dentro y fuera, y tiene lugar una exploración, derivada interiormente, de las superficies, la topografía de rostro y cabeza, y más abajo, de mi cuerpo; alcanzo la sensa-

ción de ser diferente, de provocar esta diferencia en mí mismo, de alterar la existencia objetiva de mí mismo. Descubro que carne y músculo, quizá incluso hueso, y ciertamente cartilago, son potencialmente alterables, tal como establece el plan. Y el propio plan podría desplazarse y variar: podría ser este Michael o aquél, Stonecipher o Miles, hombre del Oeste o indio, lobo de mar o palurdo, cabezón o pequeño, viviendo entonces o ahora; e incluso esas atroces fábulas en las que convierten a los hombres de Ulises en cerdos terminan por no ser irracionales cuando comprendemos que los hombres debieron haber poseído algún rasgo cochino en su interior, al que Circe tuvo acceso...

«Ciertamente, el estudio del hombre: la literatura es el estudio del hombre, la anatomía...; cuando deja de ser, los libros se vuelven meramente literarios».

(Melville: «Me regocijo en mi espina dorsal»).

Me reclino en mi asiento con el cuerpo estirado, dejo que la conciencia se deslice como una marea a través de mi tronco y desde mis piernas llegue a mis pies.

Ahab: «... encargaré un hombre completo según un patrón deseable. En primer lugar, cincuenta pies de alto con los pies descalzos; luego, pecho modelado conforme al túnel del Támesis; luego, piernas con raíces, para quedarse en un lugar...»

y, con el carpintero,

«Mira, carpintero, me atrevo a decir que te consideras un trabajador capacitado, ¿eh? Bien, entonces, diría mucho de tu trabajo si, cuando me ponga esta pierna que me haces, yo pueda sentir otra pierna en el mismo e idéntico lugar con ella: es decir, carpintero, mi vieja

pierna perdida, la de carne y hueso, quiero decir. ¿No puedes echar a ese viejo Adán?

»Ciertamente, señor, ahora empiezo a entender algo. Sí, he oído algo curioso por ese estilo, señor; que un hombre desarbolado nunca pierde del todo la sensación de su antigua botavara, sino que a veces le pica. ¿Puedo preguntar humildemente si realmente es así, señor?

»Lo es, hombre. Mira, pon tu pierna viva aquí, en el sitio en el que estaba la mía; así ahora sólo se puede ver una, aunque el alma vea dos. Donde sientes hormigueo y vida; ahí, exactamente ahí, por un pelo, la siento yo. ¿No es un enigma?

»Yo humildemente lo llamaría un acertijo, señor.

»Vaya. ¿Cómo sabes que una cosa completa, viva, pensante, no puede estar de modo invisible y no interpenetrada precisamente donde tú estás ahora, sí, y estar ahí a pesar tuyo? En tus horas más solitarias, ¿no temes fisgones?».

Me invade una furia repentina, un deseo de mutilarme, de amputarme mi enorme, redondeado y feo pie zambo: para hacer que *no sea yo*. Como en *Mardi*, en el capítulo «Dedicado al Colegio de Médicos y Cirujanos»,

«En Polinesia, cada hombre es su propio barbero y cirujano, cortándose la barba o el brazo, lo que la ocasión demande. No es inusual entre los guerreros... serrarse sus propios miembros, desesperadamente heridos en batalla...»

y

«La herida era entonces cauterizada a fuego y mantenida por encima del humo, hasta que todo signo

de sangre hubiera desaparecido. Desde aquel día en adelante sanaba y al samoano apenas les preocupaba.

»¿Pero hablaremos de lo que venía después? Y es que, supersticiosamente reacio a sepultar en el mar el órgano muerto de un cuerpo aún vivo, el samoano pensaba que, de hacerlo así, pronto lo seguiría él mismo y moriría ahogado; pero, como igualmente temía conservar aquella cosa cerca, al final la colgaba en lo alto del mástil, donde quedaba suspendido, bien envuelto en una mortaja...

»Pues bien, ¿quién era el samoano? ¿El brazo muerto que se balanceaba tan alto como Haman? ¿O el tronco vivo que se había quedado abajo? ¿Se había cortado el brazo del cuerpo o el cuerpo del brazo? La parte que quedaba del samoano estaba viva, y por tanto diremos que era él. ¿Pero cuál de las secciones que se retuercen de un gusano cortado diez veces es el gusano de verdad?».

La furia persiste, se retuerce, se agrava...

«Había pocas razones para dudar, pues, que desde aquel encuentro casi fatal, Ahab había abrigado un insensato deseo de venganza contra la ballena, y tanto se exacerbó su frenética morbosidad que finalmente llegó a identificarla no sólo con sus heridas corporales, sino con todas sus crispaciones intelectuales y espirituales. La Ballena Blanca nadaba ante él como la encarnación monomaniaca de todos esos elementos malignos que algunos hombres intensos sienten que les devoran por dentro, hasta que se quedan viviendo con medio corazón y medio pulmón».

Y estaba la mujer del hospital psiquiátrico, a la que sacaron al escenario en el salón de conferencias para hacer una demostración

ante los estudiantes de medicina, entre los cuales figuraba yo: sufría la compulsión de quitarse sus ropas harapientas y fustigarse una y otra vez...

La ira se aquieta un poco, se vuelve sardónica, muestra una sonrisa retorcida. De nuevo, Ahab:

... para esta cacería, mi mal se convierte en mi salud más deseada.

Y el mismo Melville, al leer sobre un escritor del que se presumía que su obra estaba influida por su enfermedad, deja un comentario al margen:

«Así todos son influidos —el robusto, el débil, todas las constituciones— por la fibra misma de la carne & la pasta del hueso. Somos como fuimos hechos».